

Preludio

¡Había heredado! Quién me lo hubiera dicho años atrás. Acababa de llegar de Madrid e iba de sorpresa en sorpresa, todo por causa de los últimos acontecimientos. No pude evitar estremecerme al llegar a la casa; un halo de tristeza cruzó mi semblante, faltaba él. "Llegó tarde a mi vida pero... ¡cuánto lo quise!". Traté de serenarme, respiré hondo y me dejé caer en el sofá evocando miles de recuerdos del pasado. Mi vida había sido intensa, a veces dura pero también gratificante. Y... después de todo... "A mis años... ¡qué más podía pedir!".

Miré alrededor, la notaba algo cambiada o quizás es que nunca había prestado demasiada atención a los detalles decorativos de la casa; cuadros y fotografías de antepasados cubrían buena parte de las paredes del amplio salón de la vivienda, algunos en pareja, otros en pequeños grupos; hombres de uniforme y mujeres emperifolladas con trajes y sombreros de ala posaban juntos o en solitario. La mayoría de ellos dejaban entrever aquel peculiar estilo canadiense que yo conocía tan bien. Muchos habían sido captados en reunión familiar alrededor de una mesa, o erguidos muy serios en el jardín. Salvo los parientes o amigos más cercanos el resto eran irreconocibles para mí... ¡Aquella mansión me pertenecía!

Atraída por la suave luz del atardecer, Carmina se acercó al ventanal que daba a la ría, aquella ría que tanto significó y que en otro tiempo fue vital para ella. Desde lo alto vio a lo lejos pesqueros rezagados que iban entrando en dirección al muelle, punto de encuentro final de la jornada. Sintió calor, bebió agua y se dispuso a buscar algo con qué abanicarse.

Al principio no me percaté, tan solo reparé en el

montón de papeles que había en la parte superior del mueble, entre ellos apareció trasapelado un sobre de tamaño medio, cayó al suelo cuando me disponía a guardarlo todo en uno de los cajones. Intuí que algo estaba a punto de suceder. Dudé un momento pero no pude contener la curiosidad; finalmente lo abrí y extraje una carta que leí una y otra vez; era una confesión. Habían pasado más de treinta años y... ¡ahora sí, por fin pude entender tantas cosas!

Capítulo UNO

Si ves las estrellas brillar, sal marinero a la mar

La pesca fue el oficio por excelencia de varias generaciones de mi familia. "Lo llevamos en la sangre", decía papá orgulloso. Afortunadamente para nosotros, con los años, este trabajo había ido evolucionando positivamente. En la época de mis abuelos se consideraba una actividad casi artesanal. "Ya no es como antaño", exclamaba mi abuela Nora convencida de lo duro y arriesgado que era hacerse a la mar. ¡Mi querida abuela!... Esposa de pescador y barquera de oficio desde sus años mozos; autentico puntal en mi vida y en la de muchos otros; sin ella y su influencia vital nada hubiera sido lo mismo.

Practicaban sobre todo la pesca en el litoral, la de bajura de corto recorrido que era casi exclusiva de la mayoría de los puertos. De junio a octubre predominaba la captura del bonito y desde el inicio del otoño hasta la primavera la del bacalao que se criaba principalmente en el fondo del mar aunque también lo hiciese cerca de la superficie, pero siempre en aguas frías. Contaban los viejos del lugar que aprovechaban los movimientos migratorios de las especies pelágicas que en determinadas épocas del año se aproximaban a la costa. Las dos variedades más importantes eran la sardina en primavera y el besugo en invierno.

La sardina se capturaba cerca del litoral, con lancha trainera, aparejada al tercio por dos velas; tripulada por trece remeros y el patrón. Para el besugo había que ir más lejos, con embarcaciones de más envergadura también denominadas lanchas traineras, pero de once metros de eslora, con remos y dos velas; tripuladas por un número mayor de hombres.